

Cuadernos del Sur

Número 10 ■ Noviembre de 1989

Tierra  fuego
del

BURGUESES Y “SANS-CULOTTES”* La revolución permanente en la revolución francesa

Daniel Guerin

Albert Soboul ha creido un deber abrir su tesis magistral sobre los sans-culottes parisienses con la declaración de principios que sigue: “La Revolución Francesa constituye con la revolución inglesa del siglo XVII, el coronamiento de una larga evolución económica y social que ha hecho de la burguesía dueña del mundo”¹.

Así desde la primera línea el acento está puesto sobre el carácter exclusivamente burgués de la revolución francesa. En cuanto a la revolución inglesa del siglo XVII, evocada a título de comparación, la misma actitud. No hay nada allí sobre la interesante tentativa de sobrepasar la revolución burguesa que Soboul haya visto cuando evoca el precedente británico.

Soboul entiende ubicarse estrictamente en el terreno de la revolución burguesa, cuyas exigencias, proclama, no podían ser transgredidas por las aspiraciones igualitarias de la “sans-culotterie”².

Todas estas precauciones de lenguaje tienen sin duda un motivo. El eminente historiador, trata, desde el comienzo, de tomar distancia con respecto a una nueva interpretación de la revolución francesa que él expresa en los siguientes términos:

“En contraste, Daniel Guerin, en la Lucha de clases bajo la primera República, ha ubicado a Robespierre como precursor de la reacción termidoriana. Ha querido ver en la sans-culotterie parisina una vanguardia y en su tentativa del año II un embrión de la revolución proletaria: así se verifica la teoría de la revolución permanente según la cual, en el cuadro de la revolución burguesa del siglo XVIII, se perfilaría ya la revolución proletaria del

* Publicado en *Sous le Drapeau du Socialisme*. Nº 108/109 - Nov.-Dic. 1988
Traducción “Nuevo Curso”

siglo XX (...). Es transferir al siglo SVIII los problemas de nuestro tiempo, hacer de la sans-culotterie artesanal y bolichera un proletariado de fábrica, tomar por vanguardia proletaria lo que no es más que una retaguardia que defiende las posiciones de la economía tradicional; es quitarle al movimiento popular bajo la revolución todo carácter específico”³.

Después, una vez redactada esta profesión de fe y conjurado el fantasma de la revolución permanente en algunas fórmulas de exorcismo, Albert Soboul emprende un relato muy próximo al mío sobre la tentativa de sobreponer la revolución burguesa por los sans-culottes de 1793. Por qué, entonces, uno tiene el derecho de preguntarse, tantas precauciones mágicas?

Es cierto que yo jamás puse en duda ¿y quién podría hacerlo? que la revolución francesa ha sido una revolución burguesa, al menos en sus resultados. Pero creo que habría que utilizar con precaución las múltiples afirmaciones sobre este punto hechas por nuestros comunes maestros, los de Soboul y de mí mismo: Marx y Engels.

Me parece, en efecto, que poniendo tanto el acento sobre el carácter exclusivamente burgués de los resultados de la revolución francesa, Marx y Engels han querido sobre todo reaccionar contra la pretensión mentirosa pregonada por la burguesía de haber, de una vez por todas, emancipado al hombre. Su preocupación ha sido demostrar que en realidad sólo la clase burguesa había sacado provecho de la revolución francesa.

Pero, en mi opinión, los historiadores de inspiración marxista pierden demasiado de vista que Marx y Engels, considerando esta vez la revolución francesa, no solamente en sus resultados sino en su mecanismo interno, le han descubierto el carácter de una revolución permanente. A sus ojos, eso que ellos llaman movimiento revolucionario, había pasado por una serie de etapas sucesivas, ininterrumpidas, derivando la una de la otra, llevado al poder, (o al umbral del poder), a capas cada vez más avanzadas de la población y había, incluso por un corto tiempo, franqueado abiertamente el marco, transgredido las exigencias, para retomar los términos de Soboul, de la revolución burguesa.

Engels había ya hecho estas constataciones en su estudio de las luchas sociales en Alemania del siglo XVI: Mientras que nobles y burgueses se tomaban de los cabellos, la guerra de los campesinos alemanes anuncia ya las luchas de clases del futuro, pues ellas hacen entrar en escena no solamente los campesinos sublevados —lo que no era nada nuevo—, sino detrás de ellos los primeros elementos del proletariado actual, que agitaban la bandera roja y reclamaban la reivindicación de la comunidad de bienes. De esta ten-

tativa, aún más prematura que la revolución francesa, Engels, sin embargo, no vacilaba en extraer esta generalización histórica: “todo partido burgués (...) en el momento que se encuentra ubicado a la cabeza del movimiento, se ve desbordado por este movimiento por el partido plebeyo o proletario que tiene detrás de él. Detrás de los grandes burgueses están los proletarios”⁴.

Si Marx y Engels hubieran tenido la posibilidad de estudiar en detalle las revoluciones de Florencia del siglo XVI, como lo ha hecho, en nuestros días, el historiador Julián Luchaire, hubieran encontrado ahí también, las huellas esenciales de la revolución permanente. Por turno, las diversas clases de la sociedad se habían apoderado del poder. En la capital Toscana: la alta burguesía (los Mayores), la pequeño burguesía (los Menores), el proletariado (los Ciompi). La derrota (en 1378) de los Ciompi que habían querido, observa Luchaire, otra cosa, más que una revolución política, una revolución social, marca el punto culminante, seguido muy pronto del reflujo del movimiento revolucionario⁵.

Es intencionalmente que Engels había hecho de Tomas Munzer (y no de Lutero), un héroe de la Reforma burguesa oficial, la figura central de su estudio. Tomando su ejemplo, el socialista alemán Eduardo Bernstein centra su penetrante análisis de la revolución inglesa del siglo XVII mucho menos en Oliver Cronwell que en el nivelador Liburne y en el precomunista Wintanley⁶.

No había escapado a Engels que al lado del antagonismo de la feudalidad y de la burguesía existía el antagonismo universal de explotadores y explotados, de ricos perezosos y de pobres laboriosos. “Desde su nacimiento, la burguesía fue sacudida por su propio antagonismo (...). Al lado de cada gran movimiento burgués estalla el movimiento de la clase que ha sido la adelantada más o menos desarrollada del proletariado moderno: así vimos levantarse durante la Reforma alemana, a Tomas Munzer; durante la revolución inglesa a los niveladores; durante la revolución francesa; a Babeuf”⁷.

Cuando yo he ensayado, por mi modesta parte, en aplicar la teoría de la revolución permanente a la revolución francesa, he tenido, pues, necesidad de inspirarme en las indicaciones dadas por Marx y Engels.

Desde 1843, en su ensayo sobre la cuestión judía, Marx emplea la expresión de revolución permanente a propósito de la revolución francesa, “El movimiento revolucionario en 1793 llega hasta la supresión de la religión (...) hasta la supresión de la propiedad privada, al máximo, a la confiscación

poniéndose en contradicción violenta con las exigencias de la sociedad burguesa, declarando la revolución en estado permanente”⁸.

En 1845, en la *Sagrada Familia*, Marx observaba que el movimiento revolucionario, “que tuvo como representante principal en medio de su evolución, a Leclerc y Roux y termina por sucumbir un instante con la conspiración de Babeuf, había hecho nacer la idea comunista”⁹. Observemos de paso: para Marx, los representantes principales del movimiento revolucionario habían sido Teófilo Leclerc y Jacques Roux, no justamente Robespierre.

En 1847, en otro trabajo, Marx explicitaba: la primera aparición de un partido comunista realmente activando se produce en el cuadro de la revolución burguesa, en el momento en que la monarquía constitucional acaba de ser abolida. Los republicanos los más consecuentes, en Inglaterra los niveleurs, en Francia Babeuf, Buonarroti, etc.... son los primeros que habían proclamado las cuestiones sociales. La conspiración de Babeuf, escrita por su amigo y compañero Buonarroti, muestra cómo esos republicanos han extraído del movimiento la idea muy clara que desembarazándose aquél de la cuestión política: Monarquía o República, no se había resuelto todavía la mínima cuestión social con respecto al proletariado”¹⁰. Soboul no ignora, por otra parte, esta cita puesto que él la ha agregado en nota a la reedición de 1951 de su revolución francesa.¹¹ Es verdad que la suprimió de la edición más reciente de su obra aparecida en edición de bolsillo.

En un escrito al final de su vida, Engels, haciendo una vuelta al pasado, observa que “la revolución de 1848 había sido como en la gran revolución francesa el punto de partida de un largo movimiento revolucionario en el cual el pueblo, por sus propias luchas, ha alcanzado una etapa superior de su desarrollo y donde los partidos se han dividido cada vez más claramente (...) y en la cual diversas posiciones han sido conquistadas una después de la otra por el proletariado en una serie de jornadas de lucha”. Y Engels felicitaba a Marat por haber rechazado considerar la revolución como terminada, queriendo que ella fuera declarada permanente¹².

No obstante, los historiadores marxistas tienen excusas para desconocer o para subestimar las opiniones de Marx y Engels sobre los aspectos anti-burgueses de la revolución francesa. La cuestión, en efecto, no es absolutamente clara en el espíritu o en todo caso bajo la pluma de los fundadores del socialismo científico. Si se confronta, pacientemente los numerosos pasajes de sus escritos consagrados a la revolución francesa, estamos obligados a constatar (no me animo a decir lamentar) que su pensamiento es al menos fluctuante. Tanto se aperciben y tanto pierden de vista el carácter de “revo-

lución permanente". Son tironeados entre una posición comunista y una posición que yo llamaría jacobina, que los lleva a extasiarse desmesuradamente sobre los alcances de la revolución burguesa. Es así que se le escapa a Engels al escribir que "el proletariado de 1793 podía a lo sumo, recibir ayuda de arriba"¹³ opinión que se concilia difícilmente con la afirmación de Marx según la cual Jacques Roux y Teófilo Leclerc eran los representantes principales del movimiento revolucionario.

Por otra parte, Marx y Engels han tenido dificultad para deshacerse del mito jacobino de la centralización rigurosa ofrecida como modelo por la Francia de 1793¹⁴. Lo lograron tardía e incompletamente, y no llegaron a percibir los caracteres relativamente reaccionarios de esta centralización, marcada, especialmente por el decreto del 14. La influencia jacobina es todavía más acentuada en Lenin que en los fundadores del marxismo. Si bien tenía por momentos la intuición del aspecto de revolución permanente de la revolución francesa, el portavoz del bolchevismo tenía demasiada tendencia a extasiarse ciegamente ante la revolución burguesa y a ver en el jacobismo uno de los puntos culminantes que la clase oprimida había alcanzado en la lucha por su emancipación¹⁵.

Con respecto a Stalin y su escuela, la divinización de la revolución burguesa franqueó una etapa más. Robespierre es reverenciado como el mejor de la revolución francesa. Dejemos de lado aquí las afinidades subjetivas que no pueden sino basarse sobre analogías vagas y superficiales. Yo mismo he sido acusado, bien o mal, de ver en Robespierre un antícpio de la figura de Stalin¹⁶ y de haber transferido sobre Robespierre mi odio a Stalin¹⁷. Albert Soboul está persuadido que haciendo esto, habría develado segundas intenciones políticas que me descalificaban¹⁸. Me cuidaré de sugerir que el Robespierre de los grandes procesos contra las fracciones, el Robespierre amalgamando las oposiciones de derecha y de izquierda para aniquilarlas mejor, el Robespierre organizando el culto de su propia personalidad al día siguiente de la fiesta del Ser Supremo ha podido seducir a Stalin.

Creo, ante todo que las razones profundas que llevaron a los estalinistas a adoptar a Robespierre y a pactar en su culto con los historiadores de la democracia burguesa no marxista son menos personales. Les era necesario buscar en una concepción esquemática y mesiánica de la historia que se divide artificialmente en pedazos, rigurosamente aislados unos de los otros, sin posibilidad de superponerse o de interpenetrarse: de un lado, la revolución burguesa que forma un todo hermético; y del otro, a bastante distancia, separada de ella por una especie de cordón sanitario, la revolución proleta-

ria. Atreverse a percibir en la revolución francesa embriones, rudimentos de revolución proletaria, es (o más bien era) pecar contra uno de los dogmas más intangibles del estalinismo. Se debe estar agradecido a Albert Soboul que haya alcanzado a franquear poco a poco, discretamente, laboriosamente, este conformismo esterilizante, lamentando que no se haya todavía plenamente desprendido del mismo.

Es necesario destacar que los dos puntos de vista bajo los cuales debe ser considerada la revolución francesa, uno resultante de las condiciones objetivas de la época (revolución burguesa) y el otro del mecanismo interno del movimiento revolucionario (revolución permanente) no son de ningún modo contradictorios. Ellas exigen una síntesis. He aquí cual.

El hecho que en el curso de la revolución francesa la dinámica interna del movimiento haya conducido a la sans-culotterie a tomar más o menos conciencia de sus propios intereses antiburgueses, a oponer más o menos confusamente su propio poder al de la burguesía revolucionaria, no infringe ningún desmentido a la concepción materialista de la historia según la cual las relaciones materiales condicionan de manera imperiosa la evolución de las sociedades. Así, una concepción voluntarista no se halla para nada justificada, ella haría poco caso de lo que es objetivamente posible y se imaginaría, en no importa qué momento de la historia, que es suficiente querer para poder. La superación de la revolución burguesa se explica no por la intervención idealista de la voluntad humana, sino por ciertas circunstancias de orden puramente material. Una sociedad, cualquiera que ella sea, no es jamás homogénea. Y ésto, como resultado del desarrollo desigual de las fuerzas productivas, de lo que también se ha llamado desarrollo combinado.

Ya, en 1847, Marx, a propósito de Alemania, había observado: "En ese país, donde la miseria política de la monarquía absolutista existe todavía con toda su secuela de castas y de condiciones semifeudales en descomposición, existe desde ya, por otra parte, parcialmente, consecuencia del desarrollo industrial y de la dependencia de Alemania del mercado mundial, las oposiciones modernas entre la burguesía y la clase obrera con la lucha que de ello resulta". Y el examen de esta contradicción le inspiraba la siguiente observación: "La burguesía alemana se encuentra pues ya, ella también, en oposición con el proletariado, aún antes de estar políticamente constituida como clase"¹⁹.

El desarrollo combinado nos permite percibir por qué la revolución francesa revistió el doble carácter de una revolución burguesa y de una revolución permanente. Por supuesto, las condiciones objetivas de la época no per-

mitían más que la victoria de la burguesía, pero la revolución burguesa llevaba ya en sus flancos un embrión de revolución antiburguesa. ¿Por qué? Porque Francia de 1793, desde el punto de vista de las formas de producción, era una combinación heteróclita de elementos retrógrados y de elementos modernos. Las condiciones arcaicas de la apropiación y del cultivo de la tierra en ciertas regiones como la Vendée y la Bretaña habían contribuido a mantener esas provincias en la noche de la servidumbre. Por el contrario, los progresos de la técnica en los comienzos de la revolución industrial, la evolución económica que se había concentrado en las ciudades, y sobre todo en la capital, frente a una burguesía ya rica y poderosa, una masa ya considerable de trabajadores, concentración reforzada, en los comienzos de 1794, por el nacimiento de la industria de armamentos, que había hecho a los sans-culottes (y en especial a los sans-culottes parisinos) avanzar siglos sobre los campesinos del Oeste y del Mediodía. Por otro lado, el peso de una guerra exterior sobre las espaldas de las masas por una burguesía revolucionaria codiciosa, la inflación, la vida cara, la penuria de subsistencias, precipitaron la fractura entre las masas populares y los poseedores.

La Francia de la gran revolución era doble. En muchos aspectos, era todavía la Francia de la Edad Media. El analfabetismo, la superstición, la costumbre secular de la sumisión, pesaban todavía sobre algunas de esas poblaciones. Pero, al mismo tiempo, la Francia moderna se desprendía a pasos rápidos de la escoria del pasado. Dos mundos se enfrentaban el uno al otro. En el mismo carro —yo lo había señalado hace veinte años— que conducía a Luis, rey por la gracia de Dios, al cadalso, había tomado lugar, el representante de la Comuna de París, el enragé Jacques Roux, pionero aún balbuceante de la revolución antiburguesa.

La síntesis de la revolución burguesa y de la revolución antiburguesa aparecían todavía bajo otro ángulo. La burguesía francesa de 1793 no era capaz, ella sola, de dirigir la revolución burguesa hasta su fin. Estaba frenada a la vez por un resto de solidaridad con la clase que ella despojaba y por el miedo que demostraba al poder de las masas. Así la vemos vacilar en cada etapa delante del cumplimiento de sus tareas históricas. Para que vaya adelante, fue necesario sin cesar que se le haya forzado la mano por los sans-culottes. Bajo su solo impulso, la Bastilla no hubiera sido tomada, la Declaración de los derechos del Hombre no hubiera sido sancionada, la República y el sufragio universal no hubieran visto el día en 1792, los girondinos no hubieran sido derrotados en 1793, y así continuamente.

En suma, la revolución burguesa no hubiera acabado si no hubiera esta-

do acompañada de un embrión de revolución antiburguesa. Los historiadores que reprochan a la vanguardia sans-culotte de haber complicado la tarea de la burguesía atacando torpemente en momentos en que estaba ocupada en hacer frente a sus adversarios de derecha, no han comprendido nada, creo, de este hecho fundamental. Es precisamente, porque la burguesía fue continuamente empujada hacia adelante, acicateada por una vanguardia agresiva, que pudieron ser dados los golpes a las secuelas del antiguo régimen. Como Marx lo hace notar: “a la burguesía, con sus concepciones timoratas y demasiado conciliadoras, no le hubieran alcanzado muchas decenas de años para acabar este trabajo. Si lo cumplió en menos de cinco años, fue gracias a la intervención ajustada del proletariado”²⁰.

Otro aspecto aún de la revolución permanente en la revolución francesa pertenece al dominio de la psicología existencial. Las masas populares no tienen —no pueden tener— la percepción de las leyes abstractas del materialismo histórico, o, más exactamente, ellas no lo sienten sino cuando sufren, dolorosamente, los golpes en retorno, es decir, cuando las exigencias de la revolución burguesa no se dejan transgredir. Ellas, no cortan la historia en pedazos. Cuando se despiertan de su sumisión secular, porque han perdido la paciencia y estiman tener derecho, al fin, a la igualdad y a la libertad, cuando la burguesía misma les presenta, con una audacia rayana en la temeridad, el problema de la emancipación total del hombre, no descienden a la calle para hacer la revolución burguesa, sino la revolución a secas.

Cuando, un día, perciben que de esta gran tormenta donde han dado todo, sus brazos y su sangre, la explotación del hombre por el hombre ha salido reforzada, que el absolutismo real ha sido reemplazado por el de la propiedad, que la burguesía ha sacado provecho exclusivamente de una revolución que debía ser aprovechada por todos, cómo sorprenderse que los sans-culottes griten traición, que la decepción los gane, que manifiesten en los motines de la desesperanza y que, en fin, reflexionando sobre las causas del fraude del que han sido víctimas, algunos de entre ellos, elaboren, con Babeuf, los rudimentos de un programa comunista?

París, Francia 1958

NOTAS

¹ Albert Soboul, *Les sans-culotte parisiens de l'An II*, 1958.

² Ibid., p. 45

³ Ibid., p. 9-10

- ⁴ Friedrich Engels, *La guerre des paysans en Allemagne*, 1850, trad. Bracke, 1936, *passim*.
- ⁵ Julien Luchaire, *Les démocraties italiennes*, 1915, *passim*.
- ⁶ Edouard Bernstein, *Sozialismus und Demokratie in der grossen Englischen Revolution*, Stuttgart-berlin, 1908, *passim*.
- ⁷ Engels, *Socialisme utopique et socialisme scientifique*, 1880, trad. Lafargue, 8.
- ⁸ Karl Marx, *La question juive*, 1843, in *Oeuvres philosophiques*, éd. Molitor, I, 1927, 181.
- ⁹ Marx, *La Sainte Famille ou critique de la Critique critique*, 1845, in *Ouevres philosophiques*, II, 213.
- ¹⁰ Marx, *La critique moralisante ou la morale critique*, 1847, in *Ouevres philosophiques*, III, 134-135.
- ¹¹ Soboul, *La révolution française*, 2e éd., 1951, 330.
- ¹² Engels, *Marx und die neue Rheinische Zeitung*, 1884.
- ¹³ Engels, *Monsieur E. Dühring bouleverse la science*, 1878, trad. Bracke, III, 1933, 8
- ¹⁴ Engels, note de 1885 ajoutée à l'Adresse du Conseil central à la Ligue des communistes, mars 1850, in *Karl Marx devant les jurés de Cologne*, éd. Molitor, 1939, 247.
- ¹⁵ Lénine Oeuvres, trad. française, 1928, XX, p. 640.
- ¹⁶ Sylvain Moliniér, article dans *La Pensée*, mars-avril 1947, p. 116.
- ¹⁷ Jean Dautry, *ibid.*, octobre 1951, p. 82-83.

